

ACTIVISMO EN TIEMPOS DE REVOLUCION

Liliane Blaser, Venezuela.

Remontándonos en la historia del cine, encontramos que probablemente la primera película haya sido un documental, (otros le llaman documento) pero que tenemos que esperar algunos años para que el documental sea considerado como instrumento de lucha social. También, que en ocasiones no fué bien recibido.

Ya **Lenin** habrá dicho que de las artes, el cine es la más importante, hacia el año 1928. **Medvekiné**, revolucionario, habrá viajado en un tren-noticiero, reflejando realidades y tristezas que no cambiaban con el tiempo. Su honestidad en seguir reflejando realidades, llevaría a la destrucción x la burocracia, de sus filmes. **Vertov**, teórico y propagandista habrá desarrollado sus experimentos anobjetivos y experimentales, siendo también condenado por la burocracia. Conocemos los problemas de **Eisenstein**, con el camarada Iosef, el borrado de la figura de Trotsky de "Octubre", que no es un documental pero se le parece. **Ruttman**, en Alemania, con o sin intención muestra en "Berlín sinfonía de una gran ciudad", contrastes de clase. Pero mostrar no es demostrar. Sólo que a fuerza de observar, se suele ver, o al menos reflejar, con o sin querer.

Para **Grierson**, en Inglaterra, es el cine documental herramienta para la reforma social contra un capitalismo que hace sufrir al ser humano. Pero **Buñuel** en "las Hurdes" describe realidades que la propia república española censura.

No hablo de otros autores porque no es el tema la historia del documental pero si lo es la reflexión, el documental como instrumento de transformación social, en todas partes pero especialmente en contextos de transformación.

Todas estas digresiones me vienen a la cabeza y volveré a ellas, al reflexionar sobre **el activismo social en la construcción de una sociedad nueva y de un ser humano nuevo**, en países como éste, Ecuador, y como Venezuela (de donde vengo, de donde soy

y a quien me debo, de manera más directa, como persona y como documentalista).

La separación no es gratuita. Ni la persona ni la documentalista posee la verdad, ni puede preciarse de reflejar la realidad, así tan fácil. Y sin embargo sería necesario hacerlo.

Hemos superado las ideologías de la “objetividad” de la propia cámara como aparato (mecánico) de diseño occidental (por lo que **Godard** decía que “no hay nada menos objetivo que un objetivo”) como por supuesto del ser social (generalmente colectivo) detrás de ella, y generalmente no se dice, del ser humano frente a ella, amén de aquellos colocados más tarde frente a la pantalla, con sus componentes de alienación, de falsa consciencia, de mala fe, etc.

Habría que hacer 3 preguntas al documental en nuestra realidad general, en cualquier sociedad.

1. **¿Cómo puede un instrumento y una práctica, plagado de obstáculos al conocimiento de la realidad,** constituir base de una práctica social revolucionaria, dentro de naciones en estado de opresión y dentro de naciones en proceso de liberación mayor o menor? Convenciéndonos de que la verdad sí es revolucionaria, al menos si queremos que la revolución sea verdadera. Pero convenciéndonos también de que la verdad no es una victoria individual, que para ser verdadero, el documental debe fundirse con esa realidad y ese ser social que está construyendo realidades o resistiéndose a realidades. Y su discurso debe interactuar con el mismo, y cuestionarse.

2. **¿Cómo puede un instrumento (la cámara, el cine) nacido de la tecnología occidental, hijo de una forma de desarrollo, sujeto a dictaduras económicas,** cuestionar las bases económicas y estéticas de su existencia? Pienso que separando producción de lucro, utilizando tanta tecnología como sea necesario, tan poca tecnología como sea posible, sustituir lo económico por lo creativo, peleando más por la ética y la estética, y los recursos narrativos y dramáticos que por el fetichismo de la técnica de punta.

3. ¿Cómo puede un realizador **nadar contra la corriente de un sentido común impuesto invisiblemente por los medios y otros medios**, a sus felices víctimas, que piensan que vivir en él mejor de los mundos (imposibles) es tener cada vez más para ser cada vez más feliz poseedor(a) de cuanta mercancía necesaria o innecesaria, útil o destructiva sea necesaria para aceitar el perverso tránsito del capital en su círculo diabólico dinero-mercancía-más dinero? Nadando fuerte, con un discurso blindado con dramaturgia y estética, claridad, y entrando en la realidad, al decir de Mao, “como pez en el agua” ser uno con los procesos de la gente. Hablar desde ella, no a ella.

Estas son metas difíciles, pero se suman a una que preocupa a tod@ realizador@ que como dije más arriba, trabaja en un contexto de transformación. Se trata de la dialéctica entre el bebé y el pañal (como criticar las fallas sin botar al bebe con el panal sucio, como no ayudar al adversario de los cambios) en sociedades en transición, y **amenazadas desde fuera**, con el inefable imperio, **desde dentro**, con las oposiciones al cambio, **desde más adentro**, con nuestros infiltrados, y **desde más adentro aún**, con nuestros propios obstáculos, heredados del pasado, y los nuevos, heredados de la cercanía al poder político, de nuestras esperanzas, que a veces pueden ser ilusiones y nos pueden hacer cómplices de los errores, por un silencio mal colocado, por ejemplo.

Podría esperarse más optimismo de quien habita un país que intenta y desde varios lugares y prácticas ha logrado, comenzar a romper (o al menos las ha mellado) con las estructuras de opresión del capital, de Occidente, de su propia colonialidad. Desde un país en el cual se está dando un proceso humanamente hermoso, si bien lleno de contradicciones entre una realidad que no termina de nacer y una realidad que no termina de morir, como definía Gramsci.

Podría esperarse que se hable entonces desde una perspectiva más “positiva” pero estaríamos repitiendo los errores de “etapa cumplida” y de fin de la historia, de Hegel a Fukuyama.

Ahora es que hay manchas hacia donde apuntar, y no se vislumbra que sea por poco tiempo. Y el documental debe ayudar a verlas y combatirlas, para hacer verdad nuestro deseo, revisión, rectificación, reimpulso, del proceso de cambios.

Sin pretender tener respuestas a estas problematizaciones, pienso que colocárnoslas siempre al frente, teniendo presentes siempre las preguntas esbozadas más arriba (y seguramente muchas más) el documental en tiempos de transformaciones debería ser **contralor del proceso social, sin colocarse por encima de este como juez, acompañando críticamente el mismo, desde abajo**, desde el oprimido, desde las luchas del pueblo, no como consigna sino como tarea, teniendo como **armas de construcción masiva**, ética y estética, porque la primera sin la segunda puede ser débil, y la segunda sin la primera, inútil.

Y el trabajo no puede ser sólo en nuestra realidad, sino que debe acompañar solidariamente otras realidades, en lo posible, si no como documentalista, como persona, de pueblos como el de Honduras, el de Colombia, Irak, Palestina, África entera, porque la idea es salvarnos tod@s, como decía el poeta, “el que no cambia todo, no cambia nada.”

Pienso finalmente, que el documental, caballito de batalla de la lucha social, enraizado en ella, **crea consciencia cabalgando en 2 frentes, la información y la emoción**. Y sólo crea consciencia si en el proceso de construcción del mismo, ha tomado consciencia. Sólo puede ser instrumento de transformación del afuera, si ha servido en su proceso como instrumento de autotransformación, en su contacto íntimo con la realidad, con lo que llamamos el otro, la otra.